



MENSAJE DEL OBISPO Y DEL PRESBITERIO DE LA DIÓCESIS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS DE JUTIAPA A LAS COMUNIDADES PARROQUIALES

«Escuchar, discernir y actuar: Cristo es nuestra esperanza»

Queridas hermanas y queridos hermanos de nuestras amadas comunidades parroquiales, les deseamos *“que el Dios de la paz los llene de gozo y paz en la fe, para que, por la fuerza del Espíritu Santo, desborden de esperanza” (Romanos 15, 13).*

Al concluir nuestros Ejercicios Espirituales, acompañados por Mons. Guido Charbonneau, obispo emérito de Choluteca, Honduras, queremos compartirles una palabra nacida de la oración y del encuentro fraterno como presbiterio. Lo hacemos mientras nuestra Diócesis celebra diez años como Iglesia particular, en este tiempo hemos aprendido que la Iglesia se construye desde la Palabra y la Eucaristía, desde la vida y la fe de nuestras comunidades. Este aniversario nos invita a agradecer el camino recorrido y a preguntarnos qué nos pide Dios para esta nueva etapa: caminar más cerca de nuestras parroquias, escuchando, discerniendo y comprometiéndonos con la vida digna de nuestros pueblos.

I. ESCUCHAR: EL CLAMOR DE NUESTROS PUEBLOS

Una Iglesia fiel a Jesús tiene que aprender a escuchar: a Dios y a las personas, especialmente a quienes sufren y a quienes viven en las periferias; también el grito de la tierra y el clamor de los pobres.

Escuchamos la angustia de familias del Corredor Seco, golpeadas por la sequía y el alza del costo de vida; y el clamor por el agua, porque el agua es vida y un bien común, no un privilegio de unos pocos. Escuchamos también el miedo que provocan la violencia y la inseguridad.

Nos preocupa que algunos proyectos de generación de energía usen los recursos de los territorios sin que las comunidades participen en las decisiones ni reciban beneficios proporcionales. El desarrollo no podría llamarse así cuando deja comunidades sacrificadas en el camino. Lo mismo ocurre con industrias extractivas y monocultivos que deterioran los suelos y contaminan el agua. Para nuestros pueblos, la tierra no es una mercancía: es casa, cultura, memoria y futuro.

Escuchamos a nuestros jóvenes, muchos de los cuales sueñan con estudiar, trabajar y formar familia, pero encuentran pocas oportunidades. Una Iglesia que no los escucha corre el riesgo de hablar de un futuro que ellos ya no pueden imaginar. Y escuchamos a nuestros migrantes, ya que detrás de cada persona que migra hay un rostro, una historia y un sueño. Ante Dios, cada vida tiene una dignidad que nadie puede arrebatar.

II. DISCERNIR: MIRAR LA REALIDAD CON LOS OJOS DEL EVANGELIO

Escuchar no basta: el clamor de nuestro pueblo tiene que convertirse en discernimiento. En estos Ejercicios hemos contemplado a Cristo como nuestra esperanza, renovando la conciencia de que los sacerdotes estamos llamados a ser amigos de Jesús y servidores de su Pueblo. El discernimiento cristiano nos pregunta: ¿qué quiere Dios de nosotros?, ¿dónde está amenazada la vida?, ¿dónde germinan las semillas de esperanza? El camino sinodal nos enseña que el Espíritu Santo habla también a través de los pobres, los jóvenes y los migrantes.

Vivimos en un mundo marcado por guerras, desigualdades y nuevas formas de autoritarismo. Frente a quienes creen que la seguridad solo se construye con la fuerza, hacemos nuestra la palabra del papa León XIV: “los auténticos instrumentos de paz no son las armas, sino la verdad, el diálogo, la justicia y el amor”. (Papa León XIV, Mensaje para la Jornada por el cuidado de la Casa Común, Vaticano, 15 de agosto de 2026)

Esta palabra interpela también nuestra realidad nacional. Ante la corrupción y la impunidad no podemos acostumbrarnos; ante el deterioro de las instituciones no podemos permanecer indiferentes. Denunciar aquello que destruye la vida no es alimentar el odio: la denuncia profética nace del amor a nuestro pueblo y del deseo de que Guatemala viva con dignidad, justicia y paz.

Al acercarnos a las elecciones generales de 2027, nuestra fe nos llama a una ciudadanía responsable: distinguir propuestas de propaganda y democracia auténtica de manipulación institucional. Valoramos el esfuerzo de quienes, con su firma, han apoyado la iniciativa en favor de reformas constitucionales en el ámbito de la justicia, tan urgentes e importantes.

III. ACTUAR: CAMINAR CON NUESTRO PUEBLO

El verdadero discernimiento conduce a la acción. No queremos que estos Ejercicios queden encerrados en la experiencia personal de los sacerdotes, sino que sean fruto de vida para nuestras comunidades. Renovamos nuestro compromiso de caminar con ustedes, compartiendo sus alegrías, sufrimientos y clamores, y fortaleciendo sus organizaciones comunitarias.

Queremos ser una Iglesia cercana a los pobres, defensora de la dignidad humana y solidaria con quienes sufren violencia, pobreza, migración o exclusión. Queremos ayudar a los jóvenes a descubrir que tienen un lugar, una voz y una responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad, y formar comunidades con ciudadanía activa, para que nadie tenga que vender su dignidad, su voto o su libertad por una promesa pasajera.

En este Tiempo de la Creación renovamos nuestro compromiso con el agua, los bosques, los territorios y nuestra casa común, y ante la migración queremos ser una Iglesia que acoge, protege,

promueve e integra. La Eucaristía nos recuerda que, tras encontrarnos con Cristo, somos enviados a la vida: comulgar con Jesús significa comprometernos con la paz, la justicia y la esperanza.

CONCLUSIÓN

Queridas comunidades: no queremos terminar este mensaje desde el miedo, sino desde la esperanza. No una esperanza ingenua que cierra los ojos ante las dificultades, sino la esperanza cristiana que mira la realidad de frente y descubre en ella las semillas del Reino de Dios. No nos resignamos ante la pobreza, la violencia, la corrupción ni la impunidad. Pero nuestra última palabra no es la denuncia: es la esperanza que ponemos en nuestras comunidades, familias, jóvenes y campesinos, y en tantas personas que siguen haciendo el bien.

Allí donde una comunidad defiende el agua, donde un joven persevera en sus sueños o se levanta la voz contra una injusticia, allí está germinando el Reino de Dios.

Regresamos de nuestros Ejercicios con una convicción renovada: escuchar más, discernir juntos y actuar con mayor decisión.

Que María, mujer de la escucha y del camino, madre de la esperanza nos acompañe; que san Francisco de Asís nos enseñe a cuidar nuestra casa común; y que el Espíritu Santo nos conceda la valentía de ser una Iglesia que sale al encuentro de la vida. Que nuestra Diócesis, al comenzar su segunda década, sea cada vez más sinodal, misionera, profética y samaritana, capaz de transformar la esperanza en compromiso y vida para todos.

Con cariño y esperanza, sigamos caminando juntos. Cristo va con nosotros.

Casa Sacerdotal, Ciudad de Guatemala, 4 de septiembre de 2026.

+ A. Calderón C.

Mons. Antonio Calderón Cruz
Obispo

